

Los acusadores viles, que tan tremenda humillacion acababan de sufrir, pidieron á Satanás todo el odio que cabe en el ángel rebelde, para anonadar á Herodes con una sola mirada, y Satanás, dócil á su ruego, les dió todo lo que tenia; les dió su odio profundo, irreconciliable, pero dióles tambien su impotencia y su desesperacion.

Y así, rojos de vergüenza, y bramando de ira, salieron del salon de emperadores, sin darse cuenta de lo que les pasaba; sin poderse explicar su indefinible situacion.

Mientras tanto, llegaban á sus oidos las sonoras carcajadas de Herodes y sus cortesanos, que celebraban la vergonzosa humillacion de los acusadores de Cristo, y dirigian al Señor chanzonetas de mal género, chanzonetas que del palacio del tetrarca pasaron á nuestras tabernas. Al fin y al cabo esto era natural, porque los seres que habitaban aquel y que frecuentan estas, tienen en muchos puntos un parecido asombroso, el parecido que tienen los dos ojos de un mismo rostro.

Cuando el rey acabó de reir, porque los hijares le dolian, los cortesanos cesaron tambien de hacerlo, como dejan de rodar las ruedas de una máquina, cuando el motor se para. Entonces el tetrarca dijo:

— Preciso es que sigamos la broma. Ellos han querido presentarme un loco, y yo quiero decir públicamente á Jerusalem, que el rey de Galilea se ha divertido con los judíos. Y para que Pilatos y el pueblo conozcan lo que piensa Herodes de Jesús de Nazareth, fuerza será que salga de aquí vestido como suele vestirse á los orates. ¡Que traigan, pues, una túnica blanca!

Uno de los cortesanos dejó el salon, para dar las disposiciones oportunas, al objeto de que los deseos del rey tuvieran puntual y rápido cumplimiento.

Y mientras tanto, Herodes continuaba:

— ¿Puede darse prueba mas ostensible de la inocencia del Nazareno? ¿Puede hacerse correr ridículo mas grande á los príncipes de la sinagoga? ¡El gran criminal, el tenebroso conspirador, el temible sedicioso es un loco!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... ¡Qué penetracion la de esos príncipes; qué penetracion!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

CAPÍTULO X.

De Herodes á Pilatos.

Las risas y homéricas carcajadas duraron por largo tiempo. El motivo que las producía daba mayor regocijo á Herodes y á su corte, que no se lo hubiera dado la noticia de que Tiberio juntaba la Judea toda á la tetrarquía de Galilea, y daba al tetrarca el título y la efectividad de rey de Israel.

Y era aquella alegría, porque Herodes en aquel momento se vengaba de muchas maneras, maneras que no nos permitiremos describir, porque el tetrarca y su corte se encargaran de hacerlo mejor de lo que nosotros lo haríamos.

Oigámosles:

— Habéis estado á la altura de vuestra posicion, — le dijo un cortesano, cuando las carcajadas hubieron mitigado, — y cada dia que tengo la dicha de presenciar vuestros actos, me penetra mas de admiracion por vuestro talento insigne.

— Sin duda que he tenido una buena ocurrencia. Des-

pues de las verdades que acabo de decir á los sacerdotes, no podia tener inspiracion mejor que la de mandar vestir al Nazareno de una túnica blanca, para mandarle otra vez á Pilatos.

Y luego, despues de una pausa, el impió tetrarca prosiguió:

—¿Habeis penetrado bien mi intencion al disponer lo que acabo?

—Es posible que no, — dijo un cortesano adulador y rastrero. — ¿Quién de nosotros puede elevar la mirada hasta ponerla á la altura de vuestro talento?

Esta lisonja, por mas que fuera una baja adulacion, agradó mucho á Herodes, y ya sea para que sus cortesanos continuaran prodigándole incienso, ya fuese tambien por otros motivos no mas dignos ni mas nobles, continuó:

—¿Á ver, pues, hasta dónde habeis alcanzado de mi pensamiento? Deseo saber hasta qué punto son grandes los hombres de mi confianza.

—Es costumbre en el pueblo hebreo, — dijo uno, — de vestir de blanco á los orates, para que cuando menos reconozca todo el mundo por el vestido el estado de su cabeza. Siendo, pues, Jesús de Nazareth un hombre que tanta polvareda ha levantado, no hay, á buen seguro, medio mas gráfico para significar á Israel lo que es, que vestir á su ídolo con la vestidura de los locos.

—Por otra parte, — añadió otro, — el sábio tetrarca da una gran bofetada á los príncipes de la sinagoga, porque es claro que siendo Jesús de Nazareth un loco, y viéndose tratado como á tal en público, la capacidad de los que le acusan y le han juzgado criminal se reconoce por nula, y á los hombres que le han juzgado, por indignos de sentarse en los escaños de Gazith... Á no ser tambien que haya

álguien que prefiera achacar á envidia la sentencia que han fulminado contra Jesús, pues entonces la posicion de los príncipes de la sinagoga vendria á ser en extremo repugnante... ¡Tener envidia de la popularidad de un loco!... ¡Á fe mia que es cuanto se puede pensar y decir!...

Herodes sonreia satisfecho. Las lisonjas de sus cortesanos, y las interpretaciones que daban á su resolucion, le tenian mas hueco que un pavo, como vulgarmente suele decirse.

El tetrarca sonreia y callaba, mientras que sus áulicos proseguian comentando los significados que se encerraban en el vestido blanco que iba á ponerse al divino Redentor.

—Hace algun tiempo, — añadió un nuevo cortesano, — que algunos dieron en la flor de asegurar, que el Nazareno con cinco panes y dos peces habia saciado el hambre de mas de cinco mil hombres que le seguian, sin contar las mujeres y los niños, llenándose doce canastas con los residuos que quedaron de la comida. Esta peregrina especie, cuando llegó á oidos del tetrarca, fue motivo de grande regocijo en la corte, porque á la verdad, habia suficiente motivo con semejante paparrucha, para reirse de la necesidad del pueblo. Algunos, sin embargo, con depravada intencion deseaban aclamarle rey, cosa que el Nazareno, al parecer, rehusó, dando con ello mayores pruebas de juicio que los sediciosos é inquietos que le seguian. Todos sabemos que los que deseaban proclamarle rey era con el intento de combatir el trono de nuestro magnánimo tetrarca, y siendo esto así, es muy probable que la majestad de Herodes haya tenido presente este hecho, para proclamar públicamente por loco al que algunos descontentos querian elevar á la dignidad real. Si es así, decidme: ¿puede existir un medio mas digno de castigar al pueblo sedicioso? ¿Habeis tenido, señor, presente lo que de decir acabo?

Herodes sonrió con satisfaccion inaudita. Verdad es que el cortesano habia llevado, como suele decirse, el asunto por los cabellos, pero eso ¿qué importaba?... Herodes sonreia, como dando á entender que tambien tuviera presente lo que el cortesano acababa de preguntar. Y sin embargo, Herodes no se habia acordado en aquel momento de la multiplicacion de los panes.

Otro de los áulicos del tetrarca dijo :

— El manto blanco es una de las insignias de la majestad real, lo mismo entre los persas que entre los egipcios, y particularmente entre el gran imperio de los romanos. Cualquiera, constituido en autoridad y en dignidad, viste una ropa blanca, así entre los dioses del imperio como entre los que por encargo de los dioses le gobiernan. En los dias festivos, los grandes personajes visten una clámide blanca, y los generales la visten á su vez el dia de la batalla, y del color blanco de la ropa que visten, toman nombre los que aspiran á los honores y á las dignidades de Roma (1). ¿Habrà tambien el sábio tetrarca querido significar á los judíos vistiendo de blanco al Nazareno, que el pretendiente, que el candidato á su trono va de tribunal en tribunal y de juez en juez, hasta encontrar uno que á pesar de la locura del acusado le condene al patíbulo? Por otra parte, el paso dado por la majestad de Herodes, no dice á los judíos que siguen al Nazareno : «Si vuestro rey es loco, ¿pueden ser cuerdos los que le desean? ¿pueden dejar de ser tratados con una vara de hierro?» Y dice á la vez á los que le acusan y quisieran verle en el patíbulo : «Si acusais á un loco de criminal, ¿no mereceis que se os

(1) De *candidatus* que significa, el que se halla vestido de una ropa blanca, proviene nuestra palabra *candidato*, ó el que aspira á algun destino, dignidad, etc.

«enclave de piés y manos en una cruz? ¿Quién que sea cuerdo puede condenarle? ¿Hay acaso algun orate que no se diga á sí mismo emperador, y sin embargo, nadie piensa en llevarle á los tribunales, porque este paso seria una verdadera locura?...» ¿Ha querido significar esto la majestad del rey? — preguntó el cortesano con la sonrisa mas adúladora que es posible poner en los labios del mismo genio de la adulacion.

Herodes, satisfecho sonreia, y él mismo se admiraba de los significados que podia tener el acto de vestir á Jesucristo la ropa blanca y despreciativa con que se vestia á los orates.

Viendo las muestras de satisfaccion que daba el tetrarca, otro de sus cortesanos no quiso ser menos que los anteriores, y al efecto, dijo :

— Otro motivo se me alcanza á mí, que habrá tenido el rey al disponer que se vista de loco á Jesús, para enviarle otra vez á Pilatos. ¿No va tambien vestido de blanco el sumo pontífice de los judíos cuando ejerce las funciones de su ministerio? Atendida, pues, la manía del Nazareno, de corregirlo todo, y de encontrar en todo motivos de reprehension, es muy posible que el rey haya tratado de denigrar la gran dignidad de pontífice, por medio de esta parodia, y á fe que si es así alcanzará Herodes lo que se ha propuesto, porque Caifás, siendo uno de los mayores malvados de Israel, es uno tambien de los que afectan mas susceptibilidad en la tierra de Judá... Fijaos bien en los términos de esta sublime antítesis: Jesús de Nazareth, acusado por Caifás de criminal, es tratado públicamente de loco por el tetrarca, y vestido con la ropa pontifical, para que la burla del rey no solo se dirija al pueblo y al Nazareno, sino muy particularmente á los que tienen un empeño

decidido en hacerle morir como si fuera cuerdo... ¿No es así, grande y sublime majestad?— prosiguió el rastrero cortesano, hablando con el tetrarca.

Herodes no dejaba de sonreír. Si las lisonjas fueran capaces de aumentar el peso y volúmen del cuerpo de los magnates, como las castañas aumentan el peso y el volúmen del cerdo, á buen seguro que Herodes hubiera pesado algunas arrobas mas despues de aquella escena degradante, de lo que pesaba antes de darla principio.

Y en llegando á este punto nada mas dijeron los cortesanos, porque á la verdad, sus menguados ingenios habian agotado los recursos, y no sabian ya á qué mas apelar, despues de lo que habian dicho.

Herodes, viendo que sus degradados áulicos no profesarian una palabra mas, viendo que en el pebete de su vanidad ardía el fuego, cada vez mas encendido, y que no habia un hombre que echara en él un grano mas de incienso; Herodes, decimos, que se hallaba sediento como el hidrópico, de lisonjas y alabanzas, quiso ofrecer á sus consejeros y cortesanos un nuevo motivo para que le alabasen, y al efecto dijo:

— En lo cierto habeis estado todos, y cada uno de vosotros ha interpretado perfectamente las altas miras que he tenido al disponer que se vista á Jesús del blanco ropaje de los orates, para mandarle otra vez al pretorio, y para que así se conozca la justicia de Herodes y la penetracion del tetrarca de Galilea, hasta dónde llegan. Pero si todos habeis estado en lo cierto, no por eso podeis lisonjearos de haber abarcado toda la estension de mis miras y pensamientos en el asunto de que se trata.

Los cortesanos hicieron por parecer admirados en gran manera. Miráronse con estolidez, pusieron los ojos des-

medidamente abiertos en el tetrarca, y todos á una esclamaron:

— ¡Oh!...

— Oid, — les dijo Herodes con gran satisfaccion, porque á decir la verdad, poco se curaba de que la lisonja fuera forzada ó espontánea, con tal que llegara á sus oidos: — oíd mi alta penetracion hasta dónde llega, y aprovechaos de las lecciones que os da vuestro monarca.

— Oimos ya, dijeron unos.

— ¡Hablad! — musitaron otros, inclinándose profundamente, y con las muestras del mayor respeto.

El tetrarca fijó primero en Jesús su mirada burlona y á la par despreciativa; despues la paseó con satisfaccion por entre sus cortesanos, y hecha una breve pausa, como para llamar así mas la atencion de las despreciables criaturas que le rodeaban, dijo:

— Sí; mi penetracion ha ido mas allá aun: un rey debe pensar con mas grandeza que sus vasallos, porque un rey es la cabeza del cuerpo social, es el pensamiento de la nacion: su mirada de águila debe abarcarlo todo, lo grande y lo pequeño, lo hermoso y lo repulsivo; por esto el rey está, respecto á la nacion que gobierna, como el sol respecto á los planetas que alumbra. No es extraño, pues, que vosotros que mirais las cosas desde una esfera menos elevada, no sepais distinguir lo que distingue mi ojo abrasador y penetrante de águila.

Diríase que Herodes no estaba satisfecho aun de las lisonjas de su corte, y que al efecto para ahitarse de ellas, ponía él mismo su propia imaginacion á las órdenes de su hinchada, y ridícula, y repugnante vanidad. No á otra cosa pueden atribuirse los desmesurados y campanudos elogios que tan descaradamente se tributaba á sí mismo.

Hizo una pausa como para aspirar el perfume embriagador de sus propios elogios, y por fin se dispuso á enterar á sus áulicos de lo que él llamaba su *alta penetracion*, y que de tantos preámbulos precedida, á buen seguro que no podia ser otra cosa que el parto de los montes. Y en efecto el parto de los montes fue, puesto que basándose sobre una costumbre del pueblo judío, no se necesitaba, por cierto, ningun prodigio de ingenio para colocarse á *tanta altura*.

Oigámosle:

—Vosotros sabeis, y sabe todo el pueblo hebreo, que es costumbre en esta nacion vestir de negro á los acusados, cuando se les obliga á comparecer ante el tribunal. Este vestido negro no se les quita hasta tanto que han probado su inocencia, en cuyo caso se les cambian las vestiduras, y se les adorna con una túnica blanca, para demostrar á todos su inocencia... Ahora bien, los príncipes de la Sinagoga tienen un interés particular en condenar á muerte al orate Nazareno, y yo que por casualidad héme visto en el caso de emitir mi fallo, no puedo menos que denunciar al pueblo la ignorancia y la malicia refinada de los que en la actualidad componen el Sanhedrin, y para denunciar esta malicia é ignorancia, no puede ciertamente escogitarse medio mas acertado que el de vestir de loco á un hombre que como á cuerdo han acusado ante mí, que el de vestir de inocente á un hombre que han acusado de no sé cuantos crímenes... Sí; yo quiero que se vista de blanco á Jesús de Nazareth por loco, para demostrar á los que querian proclamarle rey, que solo merecen mi desprecio mas soberano; para dar á entender á Jerusalem lo que se merece de mí, cuando proclamo en mitad de Jerusalem que es un orate el candidato á su trono; para hacer una burla del pontificado á las barbas del cínico Caifás, y

por fin, para denotar pública y solemnemente que el personaje que han acusado ante mí, es mas inocente de los crímenes que se le imputan, que ninguno de cuantos han comparecido aquí para acusarle. Este es el juicio del rey Herodes, y este juicio prevaledrá á despecho del Sanhedrin, y por mas que ruja y breme toda la ciudad.

—¡ Juicio admirable! ¡ Estupenda penetracion!... ¡ Oh gran rey, digno de ocupar los tronos mas brillantes y poderosos de la tierra! —balucearon los cortesanos inclinándose profundamente, y dando evidentes muestras de asombro y admiracion.

Herodes sonreia con satisfaccion indecible. El pebete de la adulacion tornaba á dar incienso á su hinchada vanidad. El tetrarca estaba satisfecho, y llevaba su satisfaccion tan allá, que pensaba si podia haber en la tierra monarca que en sabiduría le igualase.

Mientras tanto el cortesano que saliera por la vestidura blanca, hallábase de regreso en el salon.

Herodes al ver aquella vestidura, que por lo súcia y rota apenas tenia color y forma, no pudo contener la risa, y dirigiéndose al divino Redentor, que guardaba la misma posicion humilde y digna de siempre, le dijo:

—No podrás quejarte de mí, aun cuando tan mal te hayas conducido conmigo, no contestando una palabra siquiera á todas las preguntas que te he dirigido, y á todos los deseos que te he manifestado. Los príncipes de la Sinagoga intentaban hacerte morir, y yo te declaro pública y solemnemente inocente. ¿Qué importa que pierdas la reputacion de hombre cuerdo, si con esa pérdida salvas la vida? Muy agradecido me debes quedar, pues me lo debes todo, y yo te perdono generosamente, siquiera para castigar al Sanhedrin tan jactancioso siempre, y que esta vez se ha atre-

vido á ingerirse en atribuciones que no le competen, porque no le compete á él juzgar á los súbditos que me han dado los emperadores romanos... Sigue, pues, en adelante con tus inocentes locuras, alborotando las conciencias de los que tengan la fragilidad de tomarte por hombre cuerdo, y por lo que podria convenirte, no te ocupes de mí ni un momento mas, aun cuando sea en el acceso de tu locura, porque pudiera suceder muy bien que no siempre hallaras al tetrarca en la disposicion de ánimo que le has hallado hoy.

Dicho esto añadió hablando con los cortesanos, y señalando la vestidura *semiblanca*:

—Ponedle eso.

Los áulicos, si bien con repugnancia, por el temor de manchar sus manos y vestidos, obedecieron al tetrarca, vistiendo al divino Salvador aquella prenda moral y materialmente irrisoria, y lo hicieron tan sin cuidado, que muchas veces Jesucristo ahogó un grito de dolor en la divina y seca garganta, pero no pudo ahogar algunos suspiros profundísimos y dolorosos, para desahogar un poco la vehemencia del martirio que estaba sufriendo su humanidad llena de heridas, llagas y cardenales.

Los cortesanos del tetrarca desahogaron en Jesús el despecho de que les llenara la órden de Herodes que estaban ejecutando. Cuando le hubieron vestido aquella prenda tan irrisoria como nauseabunda, y al observar la figura de Cristo, [que parecía la estatua de la resignacion y de la dignidad envuelta en asquerosas telas de araña llenas de polvo, Herodes no pudo contener la carcajada mas sonora que tal vez hubiese resonado en aquel salon, y cuando le fue dable hablar, dijo:

—¡Parece un pinche de cocina!... ¡Ja! ja! ja!... ¡No

podrán quejarse de mí los ingratos judíos; no podrán decir que no trate á su rey como su rey se merece!... ¡Ja! ja! ja!... ¡Á fe mia que el extranjero que le vea así, no podrá dejar de presumir que el Nazareno es un loco muy loco, pero tambien muy pacífico!...

Y Herodes seguia riendo, mientras que uno de sus cortesanos levantó la voz para hablar, y dijo:

—Si mal no recuerdo, en cierta ocasion *este loco*, dijo á las gentes que venian de veros: *¿Qué habeis ido á ver? ¡Á una caña agitada por el viento!* Ya, pues, que la ocasion se brinda propicia para devolverle el calificativo que os aplicó, y puesto que de rey de los judíos habeis hablado ¿os parece bien, señor, que completemos el atavío de la majestad real de este orate, dándole por cetro una caña?

—Peregrina idea ha sido la tuya, y mejor no podia, por cierto, ocurrírseme á mí. ¡Qué traigan una caña, que traigan una caña! El cetro será de nueva invencion; producirá todo el efecto que nos podemos prometer... ¡Oh, es una idea que sabré premiarla largamente y con munificencia!...

El cortesano desdichado, lleno de rastrera alegría, fue por sí mismo en busca de una caña, que pusieron entre las manos del Redentor divino, obligándole á sostenerla y á conservarla entre ellas.

En aquel momento Jesús fue objeto de las burlas mas indignas por parte de la corte de Herodes, corte que no podia perdonarle de ninguna manera el haberse ocupado de ella, tildando á los cortesanos de hombres frívolos que como las mujeres no tratan mas que de agradar, de bien parecer, de vestirse con refinada afeminacion, y de ser halagados por la menguada vanidad.

Los tormentos que le dieron los judíos eran mas duros, pero no fueron mas sensibles de los que recibió en la corte

del malvado tetrarca. Este los presenciaba contento y regocijado, y como sus áulicos conocían que aquello complacía á su señor, esforzábanse por multiplicarlos y repetirlos, hasta tanto que Heródes, cansado ya de aquella escena, y deseando buscar nuevas distracciones en otras cosas, dijo:

—Basta ya de esta escena: demasiado tiempo hemos ocupado en un asunto que merece tan poco, y puesto que Pilatos, con deseos de renovar su amistad conmigo me ha enviado el orate, es justo que yo se lo vuelva á enviar á él para que le juzgue definitivamente.

Y llamando á dos cortesanos de los cuales hacia mucha confianza, tal vez por ser los mas degradados, les dijo:

—Acompañaréis el Nazareno al pretorio, y diréis al Pretor que yo no he sabido ver en Jesús de Nazareth otra cosa que un loco, y que en tal concepto no le juzgo capaz de ninguna mala accion. Esto, sin embargo, si él despues de haberlo examinado mejor le cree criminal, puede sentenciarle con toda libertad, sin temor de que yo oponga ningun reparo á la ejecucion de la sentencia. Añadidle, por fin, que como yo no tengo jurisdiccion en Jerusalem, tampoco puedo fallar la causa en definitiva. Despues de este mensaje le saludaréis cordialmente de mi parte, y le haréis presente que deseo reanudar con él las antiguas amistades... Id ya, y mirad que espero con impaciencia vuestro regreso.

Los dos cortesanos señalaron en ademan á la vez imperativo y de mofa, la puerta del salon á Jesucristo, y acompañados de los sacerdotes y de los enemigos del Salvador, ébrios de coraje, salieron del palacio en que moraba el tetrarca de Galilea.

El efecto que Jesucristo produjo en la plebe de sus ene-

migos es indescriptible. Mientras los mas ligeros reían á grandes carcajadas, los mas avisados, penetrando la intencion del tetrarca en aquella vestidura blanca y en aquel cetro de caña, lloraban de ira, y blasfemaban como paganos, y amenazaban como demonios.

Y tanto los unos como los otros prodigaban al Cristo durísimos tratamientos, é insultos tan soeces y repugnantes, como sus malditas cabezas podían combinar en fuerza de la pasion infernal del odio que les dominaba.

Y así con gran estruendo y algazara llegaron de nuevo al pretorio, en donde Pilatos hallábase bien lejos de suponer la delicada situacion en que le colocaba la frivolidad de Herodes.

CAPITULO XI.

Barrabás.

Con indignacion recibió Pilatos el mensaje que Herodes le enviaba por medio de sus dos cortesanos. Nuestros lectores ya conocen tan bien como nosotros las causas de dicha indignacion, y por este motivo no nos detendremos en mentarlas otra vez.

Esto, sin embargo, Pilatos fingió recibir satisfecho á los cortesanos del tetrarca, que luego despues de haber llenado su cometido, despidiéronse del pretor, llevando á Herodes el testimonio y la seguridad del *afecto* que le profesaba el marido de Prócula.